

# La Palma.

## SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 4 DE ABRIL DE 1841.

### SCHILLER.

(Conclusion.)

Entre el *Don Carlos*, y *Wallenstein* su inmediato sucesor, corre un intervalo de mas de diez años como un ancho rio que á modo de dos campos divide en dos grandes períodos los escritos y la carrera de Schiller, mas allá del cual la vegetacion es mas robusta, y el follage mas denso y oscuro gana en magestad lo que ha perdido del dorado verdor de los árboles de la juventud. Este largo entreacto de la vida dramática no fué perdido sin embargo en la vida histórica y literaria del poeta; y cuando el público le vió aparecer de nuevo sobre la escena, y palpité al compas de sus versos, pudo admirar su frente ceñida de mas esplendor, su génio madurado con largos estudios y meditaciones, y su nombre allí aclamado encontraba ya prolongados ecos mas allá de la Alemania. Lanzado tempranamente al gran mundo sin familia en la edad de las pasiones, sucesivamente errante en Manheim, Leipsig, Dresde y Weimar sin recoger mas que estériles muestras de distincion, acosado por todas partes con la inquietud de su porvenir, iba acaso á estrellarse en uno de los dos escollos colocados en medio de la carrera de los ingenios, el desaliento ó la disipacion; cuando un amor puro, encendido en los mismos lugares en que habia amado por

primera vez, pero mas feliz en su éxito que el primero, vino á salvarle del naufragio, y al lado de Carlota de Lengefeld halló en su hogar doméstico la felicidad por que desde tanto tiempo suspiraba su fogoso corazon. El nombramiento de profesor de historia en la universidad de Jena le dió á un tiempo consideracion y bienestar; pero al fin minada su salud por las diarias vigiliass, mientras que la Alemania quedaba atónita á la falsa noticia de su muerte, Schiller abandonado y moribundo debió sus auxilios á la generosidad de un estrangero el príncipe de Augustembourg, y su salud á los aires nativos de su patria que fué á respirar por aquel tiempo. ¡Cuán dulce no debió serle entonces entrar como triunfante en los muros de Stutgardt que habia dejado fugitivo, estrechar contra su pecho á su padre anciano y sensible madre casi tan puro como habia salido de sus brazos, embriagarse en los recuerdos de aquellos campos, del colegio, de sus amigos, rendir sus glorias bajo el ara de los dioses domésticos que siempre amó tanto aquel poeta, ser padre por primera vez en el sitio en que habia nacido! Su ardor literario parecia redoblar con la felicidad; las investigaciones hechas para su *Fiesco*, su *Don Carlos*, su *Wallenstein* le decidieron á escribir las historias de la conjuracion de Venecia, de las revoluciones de los Países Bajos, de la guerra de los 50 años; tantos eran los estudios con que se preparaba para sus dramas, tan profundas las escavaciones históricas para levantar y servir de base á sus

gloriosos monumentos: absorbian lo restante de sus horas sus trabajos para varias colecciones y periódicos literarios, su correspondencia con Goethe, Humboldt y otros hombres de su siglo, y un profundo estudio de Eurípides y de Homero, á quienes se confesaba deudor de la reforma de su gusto que empezaba á alejarse de la verdadera sencillez.

Apareció por fin *Wallenstein* en el teatro de Weimar nido entónces de todos los genios y llamada Atenas de la Alemania, abriendo la segunda série de los dramas en que el autor á las grandiosas medidas y libertad de la acción y á la abundancia de recursos y movimiento que caracteriza á Shakespeare, une la magestad del desempeño y la sencillez de dición que habia bebido en los griegos. *Wallenstein* la mas imponente de sus obras que brilla y descuella sobre todas, como un trofeo de armas entre otros monumentos, es un vasto poema dividido en tres dramas: el primero, intitulado *el Campo de Wallenstein*, forma una ronca y salvaje sinfonía compuesta del rumor de las armas, del gemido de los pueblos, de la vocería de los soldados, que prepara el ánimo para escenas helicosas, que muestra el espíritu del héroe austriaco aun invisible cerniéndose con todo su poder sobre aquellos batallones sin número cuyo afecto y cuyos vicios esplican al par las glorias y el atentado de su general, que ha hallado por fin sonidos en la turbulenta discordancia de un campamento para reproducirla agradablemente en el teatro. Los otros dos dramas *Los Piccolomini* y *La Muerte de Wallenstein* no son mas que uno mismo en diez actos, porque la transición entre los dos no es mas perceptible que la de un acto á otro. En tan holgado círculo se desarrolla la acción pausada y solemne como la marcha de un ejército, y las varoniles figuras que van pasando, agitadas por la ambición, ó disfrazando dobles designios, se marcan todas tan distintas y animadas, que el espectador toma en sus intrigas la misma parte que pudiera en los intereses del corazón. El gran Wallenstein, el que desde 16 años tiene en su diestra los destinos del imperio, el

que ha dado al emperador mas que no ha recibido de él, aparece allí coronado de esplendor; pero este esplendor es siniestro; culpables pensamientos pasan por su frente como una marca de reprobación; y su funesta creencia en los astros tiende sobre el drama el sombrío velo del fatalismo que al paso que le empuja por la senda de su perdición, siembra la perfidia en el corazón de Octavio Piccolomini su mejor amigo, y levanta contra su pecho brazos que se estremecen al herirle. Al lado de esta encarnación del genio y del poder, que solo pertenece á la humanidad cuando despojándose de sus rayos descansa al lado de su esposa y de su hija, aparece otra, superior también á la humanidad, la de la inocencia aliada con la fuerza, como en el primer hombre, en el joven Max Piccolomini, lanzado cual una centella de amor en medio de aquel tumulto de odios y ambiciones; foco donde se reúnen y de dónde parten todos los afectos, corazón violentamente desgarrado por todos ellos, víctima á un tiempo de los sombríos manejos de su padre, de su entusiasta amistad por Wallenstein, y de la pura llama que por entre un mar de hierro le atrae hácia el corazón purísimo de Tecla. Desde la despedida de Andrómaca con Hector, no habia el dolor hablado en lenguaje mas verdadero y despedazador, que en el postrer abrazo de Max á su amada, y en su postrer mirada al héroe decaído, de quienes el honor le manda separarse al son de las trompas que le llaman á su deber: ni la resignación y firmeza de Antigone se habia reproducido mejor que en los acentos de Tecla, solemnes y tranquilos como los de un moribundo, al oír la muerte del joven, y al marchar al través de la noche hácia su cadáver despedazado por los caballos. A tales bellezas solo pueden suceder los últimos momentos de Wallenstein, y aquella noche tétrica y misteriosa en que cada sonido es un presagio, cada palabra una sensación anticipada del puñal que ha de herir el corazón del héroe; despues de esto no vemos ya lo que el genio mas sublime pudiera inventar para no decaer de su vuelo.

Las bellezas de *María Estuardo* son de un género mas suave y tranquilo, tienen la melancólica dulzura de una elegía. La mas bella y amable de las reinas, víctima de los zelos y de la opresion, espía dentro los negros muros de Fotheringay los recuerdos de su grandeza y de un crimen ya borrado con sus lágrimas; pero su fatal hermosura le depara, aun entre sus enemigos, libertadores que mueren con gozo por ella; su tierno corazon, no causado de amar todavía, arde por el conde de Leicester, mezquino cortesano que balanceando entre dos reinas prefiere al cariño de María el favor de la despótica Isabel. Todas las impresiones de la cautiva participan del ardor y ligereza de la muger: ¡cómo se embriaga en el aire puro de los campos, y en las ilusiones con que la cerca una momentánea libertad! cómo tiembla al acercarse á la entrevista con su opresora, ántes con tanto empeño solicitada! cómo se reanima á los ultrajes de su rival y la humilla con sus encantos y dignidad á los ojos de Leicester cuya presencia redobla sus fuerzas! Ni es ménos muger en sus artificios y vanidad la orgullosa Isabel, á pesar de su maquiavélica política y de su corazon de bronce, que forman el martirio de cuantos la rodean, y que tan bien se revelan en las crueles dudas é inciertas órdenes con que atormenta á su consejero al entregarle la sentencia de María. Jamas Schiller se acercó tanto al catolicismo, ni le hizo triunfar sobre su mezquina religion, como en el cuadro de la conversion de Mortimer, cuyas emociones solo pueden partir del alma, y sobre todo en los últimos momentos de María, obra de la sublime creencia por la que fué inmolada. La magestad de reina, la sublimidad de mártir, la resignacion del que espía, la ternura de la muger, todo la realza en su postrer despedida, y el cadalso parece reflejar sobre aquellas facciones las mas delicadas y endebles una energía celestial; pero al hallarse sus ojos con el pérfido amante condenado á asistir á su suplicio, sus rodillas vacilan, y sostenida por él: sí, conde de Leicester, dice, me habiais prometido vuestro brazo para salir de esta prision, y en este

momento me lo daís en efecto." El conde queda anonadado; un fatal encanto lo encadena allí hasta que ha caido la cabeza de María. No queda Isabel ménos castigada: la hipocresía le obliga á desterrar á los consejeros cómplices en su atentado; la virtud se aleja de su trono en el íntegro Talbot, el amor la abandona en su favorito Leicester: su palacio queda desierto, y el nombre de la *Reina Virgen* entregado á la execracion de los siglos.

Al lado del cuadro mas bello de la naturaleza paciente y sublimada por la espiacion, ha colocado Schiller el de la inocencia glorificada por un poder divino en su *Doncella de Orleans*. Considerado este drama como histórico, en vano se buscaria en él la verdad de los hechos ni aun á veces la verosimilitud; pero el poeta vió en él un símbolo, una alegoría; y cierto que jamas un asunto mas portentoso permitió al genio vagar por la region de los misterios y maravillas. Una égloga risueña sirve de prólogo al drama; la singular pastora aparece silenciosa é insensible al gozo de sus hermanas y á los amores de los campos, y solo despierta de su éstasis á la vista de un casco: el espíritu que la agita asusta á su anciano padre. Mas adelante aparecerá serena y modesta ántes los enemigos; su brazo fulminará la muerte, sus lábios verterrán la paz, y arrojarán al fiero duque de Borgoña á los pies de su soberano. Pero su brazo inexorable como el de un ángel se detiene ántes el pecho de un guerrero ingles, el amor penetra con una mirada en su corazon, el encanto de su poder queda destruido. En medio de los cantos del triunfo que se le debe, ella sola se siente débil y vencida, llora en brazos de Ines Sorel en quién no es crimen el amar, tiembla á vista de la blanca bandera que la condujo á la victoria desde que su corazon no es tan puro como ella; los aplausos y honores la affigen como un remordimiento. Su fanático padre la acusa de hechicera, y Juana que se siente culpable de otro crimen acepta con su silencio el que se le imputa: el cielo truena, huye el pueblo despavorido, el rey, los caballeros, los prelados, su mismo campeon el gran Dunois, la

abandonan, los aldeanos le niegan asilo en la tempestad, y arrancan la bebida de sus labios sedientos: solo el pastor Raimundo, el amigo de su infancia, la sigue á pesar de creerla culpable. Pasada ya la prueba, renácele el vigor del cuerpo con la energía del alma, rompe como un hilo las cadenas de los ingleses, arranca de sus manos la victoria, y herida de muerte y apoyada en el brazo de su rey libertado, y en su gloriosa bandera, parece tomar su vuelo hácia los cielos revestidos de resplandor desacostumbrado.

Para volver al idealismo y á la poesía una literatura hartó propendiente hácia la realidad y el prosaismo, Schiller se propuso darnos en la *Desposada de Mesina* un drama enteramente griego en sus formas y en su fondo, en que el coturno despliega todo su brillo, y la tragedia su magestad, y en que el coro por primera vez entre los modernos se vé empleado no como coro de ópera, sino como el personaje único é ideal cuyas funciones describe Horacio en su Poética, que juzga y domina la acción, que enlaza y reviste las situaciones y los personajes conservándoles sus contornos como un ancho manto de púrpura, y que así presta al drama sublime calma, como vida y elevación al lenguaje con sus líricas entonaciones. El asunto es sencillo y terrible: dos hermanos que acaban de ahogar en un sincero abrazo un odio nacido con ellos, aman, sin saberlo mutuamente, á una misma doncella: el menor traspasa al primogénito en brazos de su amada, y luego al reconocerla por hermana de entrambos, se hierre á sí mismo á la vista de su madre: jamás desde la familia de Edipo, pesó un fatalismo tan aterrador como sobre la dinastía de los príncipes conquistadores de Mesina, ni se admiró esta gradación de revelaciones y desventuras que se desploma cada cual como un vaso de cólera. El colorido de la pieza es nocturno y sombrío como el destino que la domina: los caracteres participan de la magestad de Sófocles y del fuego de Shakespeare, aunque no pertenecen á determinada época ó nación: el nombre los hace creer españoles, la fiereza normandos, tan

pronto domina el paganismo con su risueña animación y sus crueles oráculos, como el cristianismo con sus augustas pompas y solemne reposo; pero esta misma abstracción y vaguedad es tanto mas terrible cuanto no parece aquella catástrofe afectar á algunos individuos sino amenazar á la humanidad.

*Guillermo Tell* es libre en sus formas como los hijos de la Suiza, y sencillo como sus costumbres; la virtud y la independencia de los campos no han logrado todavía un himno mas bello; y el que lo vea una vez con todo su aparato escénico no olvidará jamás la profunda impresión que experimentó. Nada se oculta á los ojos del lector del movimiento y resortes de la acción; en vez de una fría exposición aglomeránse animadas situaciones; y el grito de miseria ó de heroísmo de aquel enérgico pueblo se compone de mil gritos parciales, hiriendo cada uno el alma variada y poderosamente. Aquella grandiosa naturaleza que ora aparece aérea y dorada al través de las nieblas, ora convulsa y gigantesca en el seno de la tempestad, es la única decoración digna del drama que presencia; y nada conocemos tan imponente como la escena de la alianza concluida á la faz de los astros en una misteriosa pradera por treinta pastores que tienen cada cual la magestad de los reyes de Homero. Sin embargo Tell, el futuro salvador, no ha asistido á aquella asamblea; modesto al par que resuelto ha pedido que solo le llamen en el momento de la acción entregándose en tanto á sus pacíficas tareas: es preciso que por terrible juego le espongan á traspasar el corazón de su hijo; que le huellen no en su orgullo sino en sus mas caros afectos, para resolverse á armar el brazo; y aun antes ruega, se estremece, porque es padre antes que hombre, y si ama á su patria es como pastor de los Alpes, no como Bruto, mucho menos como *ciudadano libre*. Parece ignorar su destino y su grandeza; pero uno y otra leen en los aplausos de sus conciudadanos, en el orgullo con que llevan su nombre su esposa y sus tiernos hijos, y en la exclamación del tirano Gessler al caer herido de una flecha descono-

1 cida: «Ese es el tiro de Tell» El quinto acto,  
 2 es ya menos dramático que moral: el duque  
 3 según la juiciosa observación de Madama Stáel  
 4 Juan asesino del emperador Alberto su tío, busca un asilo en la cabaña de Tell, creyendo tener con él comunidad de venganzas; pero el libertador suizo rechaza con horror al parricida, porque la obra del patriotismo y la de la ambición no pueden unirse, y uno ha violado los derechos más sagrados de la naturaleza allí donde el otro los vindicó.

Las últimas obras que hemos recorrido aparecieron en el término de seis años; las brillantes y repetidas centellas desprendidas del meteoro parece debían anunciar su extinción. Rodeado de las consideraciones de los príncipes y de los sabios, y más de cerca con el cariño de su esposa y de su creciente familia, este doble círculo de gloria y de amor no sirvió á Schiller de muralla contra el golpe prematuro de la muerte. El 9 de mayo de 1805 espiró á los 45 años. Antes de morir pidió ver los postreros rayos del sol poniente; y al descender su cadáver á la tumba la luna asomó un momento por entre las nubes para alumbrarle por última vez.

Ah! si tu peux pleurer, Nature, c'est pour lui.

La naturaleza perdió en él uno de sus más dulces cantores, la humanidad uno de sus más puros amantes; porque las obras de nuestro poeta, en vez de materializar á entrambas, solo tendieron á animar la una, y á robustecer y sublimar la otra; y si el génio en su paso sobre la tierra y entre los hombres, debe revelar á estos nuevas sendas de grandeza, y en aquella nuevos encantos, en recompensa de lo que de entrambos ha recibido, nadie como Schiller pudo reposar en el sepulcro, satisfecho del cumplimiento de su misión.

J. M. Q.

## Literatura sagrada.

### STABAT MATER...

La ternura maternal origen de tan profundos y variados sentimientos, es una fuente de poesía que no han agotado cuantos en ella bebieron, desde el que refiere en magestuoso verso los gemidos de Andrómaca presintiendo los infortunios de su querido Astianacte, hasta el sensudo ingenio español que presentó á las tablas las zozobras de Morayma temiendo que le arranquen de sus brazos el único fruto de sus entrañas. Algunos dramáticos de la escuela moderna hermanando en un mismo pecho la suavidad de este afecto con el frenesí de bárbaras pasiones han producido un nuevo contraste que impresiona vivamente á los espectadores. El velo de la maternidad con que han envuelto sus deformes creaciones las ha hecho casi interesantes, y con la santidad de su cariño han contrabalanceado lo horroroso de sus extravíos. Desde el momento que descubrimos el doble vínculo de sangre que enlaza los monstruos y las víctimas no tenemos sino lágrimas para entrambos: la compasión sobrepuja al aborrecimiento, y no nos atrevemos á cargar el peso de nuestra execración en aquellas mugeres tan desventuradas como delincuentes, porque las angustias de una madre son expiaciones harto terribles; porque el poeta no ha podido condenarlas á un suplicio más atroz que el de llorar á su hijo.

Cercana á su término la serie de días especialmente consagrados á meditaciones austeras y al derramamiento de afectuosas lágrimas, agrupados los fieles á los pies de un misterioso aparato, al compás de los melancólicos acentos de una música riquísima en armonías, resuena todos los años en las sombrías bóvedas del desnudo templo un himno lleno de ternura y sensibilidad que revela este suplicio en la más pura de todas las madres, siendo su herida tanto más acerba cuanto son más delicadas las fibras de su corazón. El autor del *Stabat* entresaca dos

personages de la tremenda escena del Gólgota, y olvida todos los accesorios porque sus dos figuras llenan completamente aquel cuadro sobremodera patético al par que sencillo; nos pone á la vista una madre que llora junto al patíbulo donde está pendiente su hijo, y en la esposicion del poema lo ha dicho todo. Sin valerse de retóricos artificios, sin declamaciones amargas ni imágenes que sorprendan, ha sabido conmovernos profundamente con solo enunciar una situacion tan aflictiva, y en la espada que atraviesa su alma doliente, reminiscencia de la prediecion evangélica y rasgo único del estilo oriental de la poesía hebrayca, ha cifrado todas las mortales angustias de aquel trance. Como si prescindiese entónces de los argumentos religiosos que las acrecen hasta el infinito pregunta tristemente: ¿quién podrá ser el hombre que no rompa en lágrimas al contemplar el doloroso espectáculo que ofrece el corazón de una madre en quien se reflejan los tormentos cruelísimos de su unigénito? En seguida recopila en breves palabras la historia y el motivo de la acerba pasion de este hijo tan dulcemente amado que ella presenció, y añade luego que ella le vió tambien desfallecido, abandonado, moribundo exalar su espíritu. En esa estrofa hay un encanto indefinible, un deliquio de ternura que no sabemos explicar; parecenos verla como se sumerge en un mar de hiel esquisita que penetra por todos los poros de su alma, pero mar sin olas porque su agonía es sin convulsiones como la muerte que deplora. Para comprehender la fuerza de este dolor es necesario recurrir á ella misma como lo hace el poeta y compararlo con la intensidad de su amor. Ideas puramente religiosas y que solo pertenecen á la lira cristiana son las que dominan en lo restante del himno; el autor reconoce en la madre que está allí gimiendo la de su redentor y futuro juez, por lo mismo ruega fervorosamente que le asocie á sus lágrimas y á sus penas, que imprima en su pecho las llagas del crucificado, que le embriague con el licor de la cruz, que al pié de ella le depare un sitio, que en el día

terrible de la ira divina le cubra con su manto, y que le alcance en fin la gloria del paraiso. Las plegarias del cristiano se esprimen con los acentos del poeta, quien templa la amargura de sus recuerdos con las esperanzas que le sostienen, y se transfiere del calvario al cielo porque estas dos regiones están eslabonadas desde aquel día con un vínculo indisoluble.

La sublimidad de este himno depende de su estremada sencillez y la verdad de su poesía de la melancólica repeticion de ideas, carácter esencial de la tristeza que se concentra en un objeto y rueda siempre con los ojos vueltos hácia él como obedeciendo una ley de atraccion que la domina. Repetidas veces leemos las palabras *madre é hijo* porque en esa interesante y dulcísima relacion se ha clavado la fantasía del poeta, y en este enlace de padecimientos que el amor agrava y refleja en los pechos de entrambos, está la vehemencia del martirio y lo angustioso de la situacion. El autor no ha puesto en boca de la santa vírgen ni una sola queja, ni ha arrancado de sus maternales estrañas un solo suspiro para no desvirtuar con el lenguaje de los hombres el sentimiento de la que es superior á la humanidad, y para que se conciba en aquel silencio pavoroso la energía de un dolor mudo, y el esfuerzo de una resignacion mas que heróica. El ritmo que adopta en sus estrofas terminándolas con un esdrújulo deja cierta languidez en el oido que cuadra maravillosamente con las emociones producidas en el alma, pero sentimos que algunas veces se entretenga en jugar con los consonantes, y los repita en la mitad del verso, capricho que desdice de la índole melancólica del asunto, aunque muy disimulable en un opúsculo escrito á fines del duodécimo siglo. Atribuido por algunos á S. Gregorio por otros á S. Buenaventura, la opinion de Benedicto XIV es que ha salido de la pluma de Inocencio III, ingénio que estuvo al frente de su época tanto por su dignidad como por su sabiduria.

Difícil era al célebre Haydn alcanzar un lauro tan bello como el que ciñe despues que Pergolesi parecia haber agotado los recursos

de su arte en la composición musical del *Stabat*; pero si nó le ha vencido tal vez en el sentimiento que exalan sus penetrantes suspiros le ha sobrepujado ciertamente en la abundancia y variedad de la armonía y en la riqueza y gusto de la instrumentación. Este religioso concierto cautiva todos los años nuestros oídos apareciendo siempre más encantador y despertando en lo íntimo del pecho nuevas y tristísimas sensaciones. Sobre nuestras fuerzas sería enumerar las bellezas que adornan esta obra magistral de un autor cuyo talento corresponde á su fama, y que con la fecundidad de su genio empujó su arte á un prodigioso grado de perfección. Pero si en esta letra, si en esta música dominan los afectos religiosos, si cuanto se introduce por los ojos y por los oídos imprime un sello de respeto y compunción ¿por qué únicamente parte del concurso no ha de estar penetrado de este sentimiento? Por qué una juventud atolondrada ha de embarazar por lo ménos á los que abren su alma á las dulcísimas inspiraciones que se desprenden de aquellos sonidos celestiales? Por qué ha de traspasar los umbrales del santuario, no siquiera como verdaderos filarmónicos que se dirigen al coliseo para empaparse en las emociones del poeta y del cantor, sino atraída por las frívolas razones que nos hacen concurrir á veces á una música callejera, fugitivo placer que regala un momento los oídos y nada dice al corazón? Nuestro deseo es de verlos venir conducidos por el espíritu de la religión, verlos prosternarse en el pavimento del templo y enternecerse con la consideración de los misterios que aquel canto revela, pero si no nos atañe conjurarlos á que se presenten como cristianos seanos permitido quejarnos de que no asistan allí al ménos como aficionados á las bellas artes. Impresióneseles siquiera la modulación sino atienden al sentido, porque es una ironía insultante, después de haber oído el armonioso coro que nos transporta á la montaña santa, y la voz solemne que nos muestra la madre adolorida, escuchar con indiferencia aquel grito desgarrador que interpela al distraído concurso. *Quis, quis est homo qui non flet?* Entónces al compás de

aquel torrente de armonía que variando de tonos insiste en la misma pregunta, parece que se rompen las piedras para reprehender la dureza é impasibilidad del hombre cuyas lágrimas demandaban unísonas todas las voces de la creación. Necesario es tener el alma glacial para no estremecerse cuando la orquesta imita el chasquido de los azotes que caen á manera de diluvio, y una voz robusta como sorprendida de tamaña crueza se lamenta en difíciles entonaciones de tan bárbaro suplicio: cuando una melodía inefable nos anuncia la mirada maternal clavada en el moribundo hijo, y se oyen sus postreras palpitaciones, sus fallecientes suspiros y la sorda respiración de su pecho al desprenderse el espíritu que le anima; cuando en un bellísimo y armonioso cánon se elevan todos los acentos á competencia para dirigir su plegaria á la vírgen esclarecida entre todas las vírgenes; cuando finalizado el himno y transportados á mas alta esfera nos parece percibir el ruido de las alas de un ángel que revolotea junto á nosotros. ¡Oh! si algunos pueden no quedar penetrados de los religiosos afectos que inspira esta música celestial, envanezcanse de poseer un corazón de bronce, ó por mejor decir, un corazón enteramente de carne, mas no presuman que falte respetuoso auditorio al sublime Haydn, porque en el entusiasmo que nos infunde su proeucción nos atrevemos á creer que los ángeles no se desdeñan de prestar un obsequio al genio del hombre, que descienden para escuchar unas modulaciones tan parecidas á las que despiden sus harpas de oro, y que en vez de admitirle en sus coros por discípulo, le abrazan como á su querido hermano.

T. A.



# Setrilla.

Un viejo que no resiste  
 Cuando el demonio le tienta,  
 A una niña en sus cincuenta  
 Para matrimonio enviste.  
 Él á quien en su edad triste  
 El asma y tos le fatiga,  
 Y ella liviana y amiga  
 De ser vista y de mirar:  
 En algo vendrá á parar.

Un mediquillo fatal  
 Sin melindres de conciencia,  
 Que sabiendo la sentencia  
 De ser todo hombre mortal,  
 Se cuela en un hospital  
 Y sanguijuelas y dieta  
 Y mil brebages receta  
 Que él no los ha de tomar:  
 En algo vendrá á parar.

Aquel noble á todo trance  
 Que sin que le papen duelos  
 Dejó para sus abuelos  
 Las batallas y el avance,  
 Con tal que rodando un lance  
 De francachela ó de juego  
 No se arredre desde luego  
 De lo que pueda costar:  
 En algo vendrá á parar.

El que por tener un buque  
 Y ser algo comerciante  
 Siempre vá trampa adelante  
 Echando rumbo de duque,  
 Sin temor de que trabuque  
 Su fortuna favorable  
 Con ánimo imponderable  
 Jamas repara en gastar:  
 En algo vendrá á parar.

Un jóven de esos que van  
 Trazando siempre conquistas  
 Atisba á primeras vistas  
 La muger de un capitan,  
 El marido es un buen Juan,  
 El diablo sopla la brasa,  
 El que frecuenta la casa  
 Y ella que quiere agradar:  
 En algo vendrá á parar.

En su porte un majadero  
 Igualar quiere al hidalgo,  
 Este por parecer algo  
 Las apuesta al caballero;  
 Este se endeuda ligero  
 Para esceder á un vizconde,  
 Y este no sabe de donde  
 Tanto lujo ha de aguantar:  
 En algo vendrá á parar.

Un lampiño atolondrado  
 Que de golpe se enamora  
 Y la condicion ignora  
 Del rostro que le ha prendado.  
 Cuando el pobre está ligado  
 Descubre su genio bravo  
 Y ve que por ser esclavo  
 Aun ha habido de sudar:  
 En algo vendrá á parar.

Una dama bachillera  
 Que hace gala de coqueta  
 Y mil amantes inquieta  
 Por su cabeza ligera;  
 Vivaracha, zalamera,  
 Oji—alegre y risueña  
 Con este y aquel se empeña,  
 Y á ninguno quiere amar:  
 En algo vendrá á parar.

El que en mal limado verso  
 No se rasca dó le pica  
 Y satirillas publica  
 Contra todo el universo  
 Sin temer que algun adverso  
 De maldiciente le trate  
 Y con sátiras le empate  
 Las que ha querido estampar:  
 En algo vendrá á parar.

T. A.



PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.